

Paper

La pregunta de investigación y su dimensión narrativa en el proceso de investigar

Samaja, Juan Alfonso

juan.alfonso.samaja@gmail.com

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Arquitectura, Diseño y
Urbanismo. Centro de Producción, Diseño y Desarrollo
(CEPRODIDE) Buenos Aires, Argentina.

Palabras clave

Pregunta, Creencia, Narración, Proceso de
investigar, Proyecto.

Resumen

Desde los inicios de la Metodología de la Investigación se ha puesto el foco entre problematización y sistema de respuestas. Una de esas discusiones clásicas es la monografía de Peirce sobre la *duda* y la *creencia*. En ese trabajo Peirce ofrece una clasificación entre dos estados del sujeto: o bien cree, y hace en consecuencia a ese creer, o bien duda, y entonces la acción asociada a dicho creer se paraliza. Ahora bien, si la duda paraliza la acción, no podría estar asociada sin más al proceso del investigar que consiste, precisamente, en un modo de producción de novedades. Y si sólo la creencia habilitara el hacer tampoco parece que pudiera dar lugar por sí sola al movimiento epistémico de *sustitución de creencias*, precisamente porque *ya se sabe*. Debe darse, entonces, una situación mixta entre *dudar* y *creer*; un término medio, que permita indagar con presupuestos. Ese término medio es la noción de *modelo*.

Peirce emplea la imagen de la *lucha*, como proceso asociado a la duda y a su negación. Pero la lucha no es una ausencia completa de creencia, se

realiza en la afirmación tenaz de ciertas creencias *fuera de discusión*. Esto significa que la duda sobre ciertos aspectos (que niega eventualmente la evidencia de una creencia preexistente) se apoya en un sistema de creencias auxiliares, que van diseñando precisamente la estructura del recorrido hasta la nueva creencia anhelada.

El objetivo de esta ponencia es concebir la *pregunta de investigación* en su dimensión estructural y estructurante: por un lado, como producto que emerge y se conecta a un esquema de situaciones de inestabilidad de un territorio que delimita ciertos estados problemáticos como *necesidades emergentes*; por el otro, como proceso que estructura el diseño de las soluciones instrumentadas, mediadas por las pre-comprensiones modelizantes.

Crear o no creer... ésa es la cuestión (del investigar)

En su clásica monografía sobre la fijación de las creencias, Charles Peirce conceptualizó dos momentos del proceso del conocimiento: el *dudar* y el *crear*, como el momento de la ausencia de la creencia y el momento de la fijación de la misma, que habilita la acción. Entre ambas nociones, Peirce ubica un tercer término: la *lucha*, a la cual concibe como una especie de irritación o malestar de la conciencia epistémica.

Nuestras creencias guían nuestros deseos y moldean nuestras acciones. (...) El sentimiento de creer es una indicación más o menos segura de que se ha establecido en nuestra naturaleza algún hábito que determinará nuestras acciones. La duda jamás tiene ese efecto. (...) [Peirce (2012): 161.]

Antes de analizar en detalle el enunciado peirceano sobre esta cuestión, es importante precisar el sentido que asume el término "creencia" en este contexto epistémico. Usualmente, el término *creencia* se presenta asociado a dos acepciones frecuentes: 1) como actitud de fidelidad religiosa a un credo: el que cree a pesar de las pruebas en contra, como, por caso, el hincha de un equipo de fútbol que sostiene la creencia fervorosa de que su equipo es el mejor, a pesar de que los resultados le sean adversos, y las copas le sean esquivas; 2) como conocimiento incierto, o presuposición no confirmada: aquel que cree algo, sin tener certeza o fundamento cabal, cree, pero no sabe si las cosas son como él las cree.

Mientras el primero, no sabe, pero cree, el segundo, cree, pero no sabe. Para la mentalidad positivista, ambas acepciones suponen un *problema con la verdad*. Sin embargo, Peirce emplea el término *creencia* con una 3ª acepción,

a saber: *posición que asume un sujeto frente a una situación dada* en función de cierta estructura a priori capaz de asimilar la información recibida¹.

Como se advierte en la cita del autor, su punto de partida para abordar el problema del conocimiento ha sido la *acción*, y es en función de este concepto que éste evalúa la situación del creer o del dudar; de modo tal que si la creencia *impulsa* a la acción (modela, dirige nuestros actos), entonces, por oposición, la *duda* no haría tal cosa, sino que más bien paralizaría cualquier actividad (ni modelaría la experiencia ni mucho menos podría guiarla)... excepto que en el corazón mismo de la duda hubiese –también– algún germen de creencia.

Sin embargo, Peirce parece oscilar en esta concepción rígida que parece pretender asociar de modo lineal la creencia con la acción y la duda con la inactividad. A continuación, afirma que la duda es un “estado de inquietud” que el sujeto pretende negar por medio de la investigación (Peirce, 2012: 162). De modo tal que, paradójicamente, la duda impulsa a la acción que –finalmente– habrá de aniquilar a la misma duda como motor inicial. Y en ese marco establece una disparidad temporal entre la duda y la creencia respecto de la acción: mientras que la creencia no lleva inmediatamente a actuar (sólo motiva a la acción bajo ciertas circunstancias), la duda parece inquietar al ser en todo momento, como una molestia que quisiéramos sacarnos de encima. Pero Peirce asocia la lucha con la *irritación*; si bien la “lucha” es una forma de actividad, la irritación, en cambio, es una receptividad, una forma de no tolerar una situación, una carencia. El hambre en sí mismo no es una actividad, sino la apercepción por parte del cuerpo de una carencia, pero es evidente que el hambre impulsa al animal a la *animalidad*, es decir, al movimiento para obtener el sustento. Por lo tanto, si la irritación es el hambre, la lucha bien podría concebirse como la acción de conseguir el alimento que deseamos.

Ahora bien, si esto es admisible, entonces “luchar” es también una forma de acción, y por lo tanto tendríamos dos tipos de acciones en dos situaciones diferentes: 1) la acción que no produce organización nueva, sino nueva información o materia para una experiencia ya configurada (ésta sería aquella que se realiza en el marco de la *creencia*), y 2) la acción que produce nuevas formas de organizar la experiencia: ésta sería la que se realiza en el marco de la duda. De esto se infiere que, si bien la creencia impulsa a la acción *reproductora*, la duda es la única que impulsa a la acción *productora*; en otras palabras: en la duda comienza esta acción creadora y la acción misma que de la duda emerge, con la duda misma termina (Peirce, *Ibid*: 162).

Creo, entonces dudo

Ya San Agustín (1956: 581) había expresado que quien busca algo ya conoce, aunque sea en parte aquello que busca, pues nadie ama lo completamente desconocido, pues hasta el deseo requiere de una

¹En la recuperación que Juan Samaja (1999 y 2000) hizo de la propuesta peirciana, se aviene a esta misma significación.

información elemental: la fijación de lo que se desea (conocimiento de sus notas distintivas), y el anoticiarse de su carencia.

Pero esto significa que la *creencia* no es algo que adviene recién cuando duda desaparece, pues hasta para ejercer el cuestionamiento racionalizado necesitamos de modelos, bajo los cuales asumimos ciertas realidades como *dudables*, y ciertos recorridos por esos problemas como *pertinentes para eliminar la duda* (para hallar las respuestas que consideramos admisibles). Pues aun los problemas pragmáticos que enfrenta la sociedad comportan siempre una dimensión cognoscitiva, es decir, habrán de modelarse para poder protagonizarse. Esto sucede sencillamente porque en el mundo humano no es suficiente resolver materialmente una situación, además debe resolverse de modo simbólico. Las transformaciones que un sujeto pretende realizar en representación de una comunidad, deberán realizarse de modo tal que esa comunidad pueda asimilar y digerir las transformaciones obtenidas; para ello el sujeto que afronta un problema, no sólo lo vive, sino que requiere *representarlo* doblemente: bajo la forma en la que esa realidad se interpreta como un problema, y en la manera en la que cierta otra realidad se le re-representa como un no-problema.

La pregunta de investigación y su dimensión narrativa en la trama del investigar

Para esquematizar muy brevemente el proceso, podemos decir que la duda o la pregunta en el campo de la investigación atraviesa tres grandes momentos: la exploración temática, la selección de la interrogante principal, y el emergente de nuevas interrogantes hacia el final del trabajo. Estas preguntas no sólo aparecen en momentos diferentes del proceso, sino que establecen diversos tipos de relación con la creencia.

En la primera etapa es habitual ir proponiendo espontáneamente preguntas sin una reflexión estructurada con antelación. El propósito de esta fase del proceso es familiarizarse el investigador con aquella realidad que comienza a irritarlo.

El momento de la formulación de un problema, en cambio, implica una selección de las dudas que espontáneamente han ido surgiendo, para desechar varias otras que se consideren menos importantes, o no conducentes al momento de encararse la investigación. Este segundo momento sí requiere un principio de reflexividad, no sólo porque presupone el cuestionamiento de lo que se denomina el *estado del arte*, del cual emerge la ausencia de conocimiento, sino también porque de las varias potenciales ausencias, el sujeto investigador debe tomar una decisión estratégica y avocarse a aquella pregunta principal que le garantice la mayor riqueza conceptual para interpelar el objeto de estudio.

Es importante advertir que este segundo momento (que es todavía previo a la implementación del proyecto mismo de la investigación) ya poco y nada tiene

de *exploratorio* (al margen del esquema general que pueda presentar el diseño de investigación), pues en esta instancia, quien investiga ya no está entrando a un tema a ciegas para ponerse a tantear, como si entrara a una habitación oscura cuya espacialidad desconociese.

El tercer momento está constituido de las nuevas consideraciones que la producción ha ido revelando. La resolución de los problemas siempre trae aparejados nuevos conflictos y enigmas. Pero éstos ya no son difusos y abstractos como las preguntas exploratorias de la primera etapa, se materializan en el contexto de una concreción conceptual que redirige la teoría sobre el objeto y su instrumentación.

Ahora bien, estos 3 momentos se pueden considerar en dos niveles de análisis muy diferentes: en el nivel micro del proceso o en el nivel macro (Ynoub, 2014) de la disciplina desde la cual un proyecto se realiza. Esto significa que cada proyecto que se inicia revive en su propia ontología vital la filogenia de su tradición disciplinar. De allí, también, que las investigaciones particulares que se realizan traigan empotrados un sistema más o menos orgánico de creencias desde el cual se afrontan los problemas.

Ideas finales

Tanto en el Arte como en la Ciencia es importante tener una visión del proyecto, es decir, el sentido principal del recorrido y la finalidad que se persigue. Esto no impide, como podría creerse, que se den variaciones imprevistas sobre un deseo proyectado. La reflexión y la elaboración de un proyecto no impide la creatividad del recorrido, como la cartografía no impide la realización del viaje. Por el contrario, un mayor dominio sobre la estructura es un recurso para la libertad.

Mientras más incorporada se tenga la estructura de una rutina, más sensible y receptivo se está para convertir lo imprevisto en una oportunidad de éxito, en un pie para volar. [Chacovachi, (2015): 57]

En el campo del arte, no me ha seducido nunca la estética del “boceto perpetuo”² como no me entusiasma tampoco la pretendida profundidad de los procesos eternamente exploratorios que tienen vocación de Peter Pan. Independientemente de las micro exploraciones que cada etapa atraviesa, y que constituyen la acomodación inevitable a un territorio, la exploración cabal constituye sólo un momento del proceso.

Se dice que la interrogante debe guiar la investigación, pero esto no significa que el investigador va generando las preguntas más significativas mientras

²No me niego a aquella estética impresionista de la borrosidad, que hizo de la inmediatez perceptual su proyecto ontológico y epistemológico en el campo de lo visual (Aun el Impresionismo pictórico fue una visualidad con proyecto). Rechazo, más bien, la actitud un poco obscena de quien pretende exhibir el proceso de exploración como el único producto genuino del arte; presentar como obra lo que aún no se ha encontrado, ni se sabe a dónde se está dirigiendo. En otras palabras: presentar como producto la ausencia de una finalidad.

investiga; ésas las tiene que haber reflexionado con antelación. La pregunta pensada permite caminar con firmeza; porque no es sólo un andar, sino también un reflexionar que le da solidez al andar de los caminos próximos que el sujeto deberá recorrer.

Bibliografía

Chacovachi (2015) Manual y guía del payaso callejero. Buenos Aires, Colectivo Contramar.

Peirce, Ch. (2012) *Obra filosófica reunida* Tomo I. México, Fondo de Cultura Económica.

Samaja, J. (2005) Aportes de la metodología a la reflexión epistemológica. En *La posciencia* (pp. 151-180), Buenos Aires, Biblos.

Samaja, J. *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires, Eudeba.

San Agustín (1956 [417 dc.] *De trinitate*. Tomo V. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.

Ynoub, R. (2014) *Cuestión de método*. México, Cengage.